

Several teal line-art leaves of various shapes and sizes are scattered around the title text.

Sara
y el misterio de la niña
fantasma

Lola Llatas



© Ediciones DIQUESÍ
© de la autora: Dolores Llatas
Ilustraciones: Golyperia
Edición: María J. Gómez
Diseño: Golyperia



novedad@edicionesdiquesi.com

www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-945196-8-0

Depósito Legal: M. 31.068-2018

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2018

Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

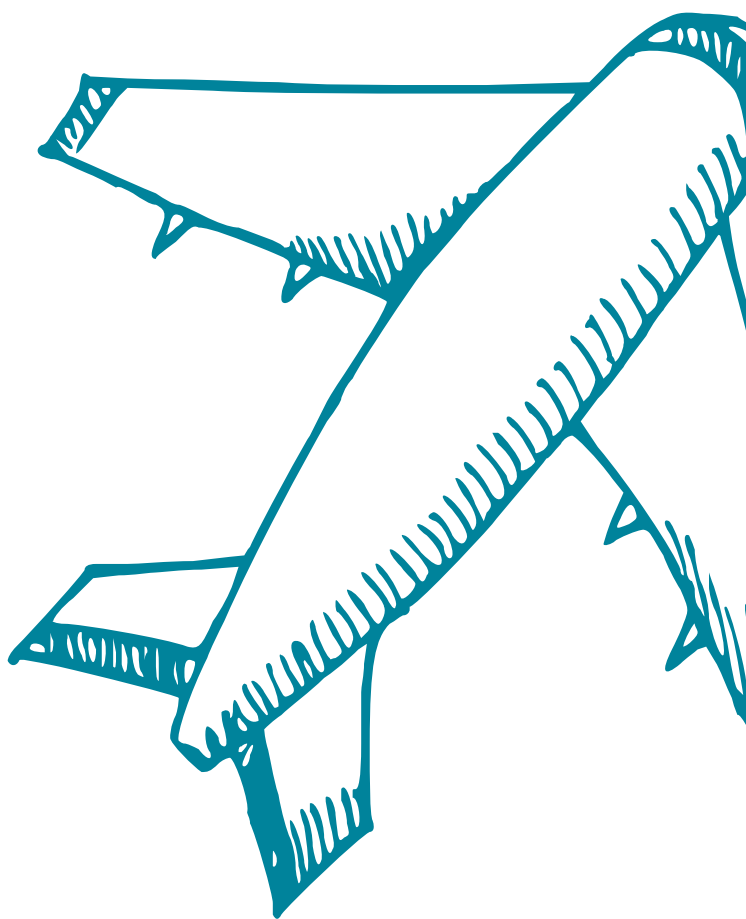
Prólogo

Me llamo Sara y soy detective de misterios. Bueno, oficialmente aún me quedaría acabar Primaria, tener novio, viajar un poco e ir a la universidad a por mi diploma, pero aún sin eso y todo, como he resuelto mi primer misterio, creo que es más que justo comenzar a considerarme como tal.


Y no es porque yo lo fuera buscando, que me lo encontré sin comerlo ni beberlo. Yo siempre había querido ser médica y veterinaria, para abarcar a todos los seres vivos por igual. A veces la vida tiene esas cosas y te marea caprichosamente como si fueras una hoja a merced de las tempestades.

Pero bueno, no se trata de mí ahora, sino del enigma que resolví y de lo que me costó hacerlo, porque, aunque pensemos que somos una sociedad avanzada, aún hay mucha incultura por ahí en lo que a misterios irresolubles se refiere.

Así que, he aquí el modo en el que después de vérmelas canutas resolví mi primer caso: el del misterio de la niña fantasma.



Primer encuentro con el fantasma



Todo comenzó cuando llegué a casa de mis abuelos Luis y Mari a pasar el verano, como todos los años.

Habían venido a recibirme al aeropuerto y me puse muy contenta cuando los vi esperándome con el cartelito de todas las veces. En el de ese año se podía leer: “Srta. Cabritilla Silvestre”. El del año pasado fue “Srta. Castañera Salvaje” y el del anterior “Srta. Pastorcilla Alegre”.

Mi prima Adela, que sabe un poco más que yo de todas las cosas porque para eso me lleva cuatro años, que según ella justo son los más importantes del desarrollo, dice que si no hago nada al respecto y sigo permitiéndolo, un año saldré por la puerta de Llegadas y cuando vea el cartelito me querré morir, lloraré allí mismo sin poder evitarlo y los odiaré; pero por ahora me alegra el corazón verlos tan serios, junto a los taxistas y los conductores que llevan cartelitos también.

A mí personalmente me gusta más “Srta. Cabritilla Silvestre” que “Sr. Chon Ti Lan Jiau”, que he visto carteles con ese nombre.

De camino a casa me senté detrás con la abuela y me acurruqué junto a ella. Le conté todo lo que había hecho aquel año en el colegio sin perder detalle, pero, claro, quitando todo lo que no me habían ido nada bien. Si tenía que enterarse de las cosas malas, no sería por mí. Prefería verla feliz mientras me tenía en un pedestal.

“Qué alta, grande y guapa estás”, me decía.

Y yo sabía que era verdad. Ese año estaba muy salada. Le pregunté también por mi prima Adela, con la que solía coincidir allí todos los años, y la abuela me dijo que llegaría en un par de días, pero que ese año se quedaría muy poquito. Al parecer, según me contó, le había ido bastante mal en el colegio aquel curso y le tocaba estudiar en vacaciones. Se había quedado sin campamentos, sin viajes y sin amigas, y le habían puesto dos profesores particulares.

“Pues estará buena”, pensé. “Ella que es un espíritu tan libre”.

Yo era más estudiosa que ella, pero es que lo necesitaba. Para ser médica y veterinaria a la vez había que ponerse metas muy altas, y así poder bajarlas un poco después, regateando contigo misma.

Tenía dos días de relax total con los abuelos antes de que llegara. Todos los veranos, mi prima se empeñaba en prepararme para la vida y para las cosas que me depararía el siguiente curso, y a veces era agotador. Me daba explicaciones detalladas acerca de lo que estaba a la última moda, además de todas aquellas lecciones que solo se aprendían en “la escue-

la de la vida”, donde, según comentaba, ella sacaba sobresaliente.

Yo le decía que tenía que darse cuenta de que en Inglaterra, donde yo vivía, las cosas podían ser un poco diferentes. Justo el verano anterior me hizo comer gusanos para perderles el asco, porque me tocaría hacerlo en las prácticas de Ciencias. Y me pasé el año esperando para nada.

A veces hasta la mejor se equivoca.



La casa de los abuelos tiene dos alturas y es enorme. Tiene cuatro habitaciones arriba y tres más en la planta baja, además de la cocina, el baño y dos salones de estar: uno fresquito para el invierno y el superfresquito para el verano.

Llegamos cuando se estaba empezando a hacer de noche y me encantó ver cómo me recibió la casa, con el sol que se escondía por detrás de ella. Mi abuelo solía decirme de pequeña que si miraba en mi habitación me encontraría al sol debajo de las sábanas. Pero aquel año me iba a encontrar otra cosa. En fin, no me quiero adelantar.

Me empecé en subir yo sola mi maleta hasta el dormitorio. Les dije que era para hacer justicia a mi mote de aquel año, *Srita Cabritilla Silvestre*, pero la verdadera razón solo yo la sabía, y era que prefería que los abuelos se quedaran abajo y nada les distrajera de hacerme la cena, porque tenía muchísima hambre.

¡Cómo me acuerdo de lo campante que subía por las escaleras, inocente de mí, ajena al susto que estaba a punto de llevarme! Saltaba los escalones de dos en dos, cargada con la maleta en una mano y la mochila en la otra. No sentía el peso del hambre que traía. “Toda una proeza”, pensaba para mí. Pero la verdadera proeza fue la de después, cuando bajé los escalones de cuatro en cuatro sin romperme los dientes...

Bueno, que me adelanto de nuevo, y hay que ir paso a paso.

Como iba diciendo, subí la escalera

como una verdadera atleta olímpica y corrí por el pasillo que llevaba a mi habitación de siempre, la de las dos camitas que compartía con Adela, y cuando llegué a la puerta, sin ni siquiera encender la luz y pensando en bajar a comer lo antes posible, dejé la maleta en el suelo y lancé la mochila sobre mi cama, que estaba ahí mismo porque era la que más cerca estaba de la puerta.

En el momento en el que la mochila abandonó mis manos y comenzó su viaje sideral, la vi.

Estaba tendida sobre mi cama, boca abajo. Me pareció que leía, o algo así, y movía los pies para arriba y para abajo. Fue como si el tiempo se detuviera. O eso, o que mi mochila estuvo un par de minutos dando vueltas por el aire, cosa que me parece más improbable. Pero el caso es que me dio tiempo a verla perfectamente.

Sobre mi cama había una niña que debía de tener más o menos mi edad, tal vez más pequeña, pero poco.

Iba vestida con camisón blanco y calcetines blancos. “Calcetines en verano, qué raro”, recuerdo que pensé.

Claro, es que yo soy muy observadora. Debes serlo si quieres ser médica y veterinaria para abarcarlo todo.

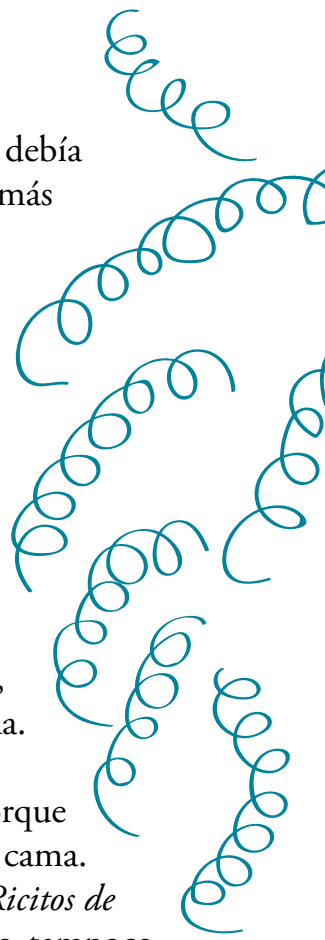
Tenía el pelo largo, rizado y claro; y los ojos también eran claros. Estaba apoyada con los codos y, efectivamente, leía algo que la tenía muy concentrada. Parecía contenta.

Yo me quedé un poco petrificada porque no esperaba que hubiese nadie en mi cama. Me sentía como el osito pequeño de *Ricitos de Oro*. Y los abuelos no habrían dejado tampoco una niña allí, sola, en la casa, mientras ellos iban a buscarme. Era cruel. A todo el mundo le gusta ir a recoger a gente al aeropuerto, es un momento de felicidad.

Era todo muy raro.

Pero lo que se llevó la palma de raro fue cuando la mochila por fin aterrizó sobre mi cama atravesando el cuerpo de aquella niña como si fuera transparente y se quedó plantada en medio de su espalda.

Yo me llevé las manos a la boca y, aunque quise gritar mucho, no me salió todo lo fuerte que quise. Pero, algo sí que debió de oírse, porque la niña se giró y me miró.



Qué mirada.

Qué ojos descompuestos y qué boca abrió.

Se levantó corriendo de la cama y vino como un rayo a por mí, directa al ataque.

Yo, como se suele hacer en estos casos, cerré los ojos y comencé a dar vueltas sobre mí misma soltando algunas patadas y puñetazos al aire, no sé muy bien por qué. De hecho, en aquel momento aprendí que reacciono igual ante una avispa que ante un fantasma.

Abrí los ojos y, cuando no la vi por allí, supe que se había ido, y que para hacerlo había tenido que atravesarme. Así que me toqué el cuerpo deseando que no me hubiera hecho ningún agujero.

Qué impresión más grande. Y por eso bajé las escaleras de cuatro en cuatro, corriendo como si no hubiera un mañana.

Dejé arriba los regalos para los abuelos que les traía de Londres, las fotos y la tarjeta. Los daba por perdidos, no creía que nunca más volviera a subir a aquella habitación en mi vida.

El corazón me latía con fuerza, con tanta que pensaba que se me iba a salir de la boca e iba a llegar a la cocina antes que yo. Yo solo veía la luz encendida de la cocina delante de mí y las voces de los abuelos, que cada vez me llegaban más claras. Unas zancadas más y estaría a salvo con ellos.

Recuerdo lo asustada que me sentía. Era como si un dedo de hielo me estuviera recorriendo el espinazo de arriba abajo hasta que, al fin, llegué a la cocina.

Me quedé parada en el quicio de la puerta, mirando a mis abuelos. ¿Y ahora qué?

¿Qué les decía? ¿Cómo les explicaba lo que acababa de pasarme? No sabía ni por dónde empezar.

Recuerdo que mi abuela dejó lo que estaba haciendo, me miró extrañada y me dijo:

—Sara, ¿qué pasa? Has corrido demasiado. Tienes las gafas empañadas.

Que mi abuela me dijera aquello fue un gran alivio, porque cuando llegué allí y los vi a los dos borrosos, con aquella neblina por delante, me temí lo peor: que estaba en una especie de limbo o algo así.

Hice lo que todo el mundo suele hacer cuando le acaban de decir que tiene las gafas empañadas, y es comprobarlo por uno mismo mirando hacia arriba, hacia abajo y hacia los lados, moviendo la cabeza. Sin lugar a duda, estaban empañadas.

—Y estás muy roja, ¿te encuentras bien? —seguía la abuela.

Me llevé la parte de detrás de la palma de la mano a las mejillas y noté el calor. Debía de estar a unos cien grados; vamos, a punto de prenderme.

—Parece que hayas visto un fantasma —dijo mi abuelo.

Y aquello fue la gota que colmaba el vaso.

Exploté.

Se lo solté allí mismo a los dos sin pararme a pensar en la mejor forma de hacerlo.

—Sí —dije—. ¡He visto a una cría!

Y miré a mi abuela, pero con las gafas tan empañadas igual estaba mirando a mi abuelo.

Distinguía aquellas dos manchas que eran mis abuelos por la voz. No veía un pimiento.

Al escuchar mis palabras dejaron de poner la mesa y se quedaron totalmente quietos.

—No me digas —dijo la mancha que era mi abuelo—, menudo susto debes de haberte llevado. Pensamos que habíamos matado a todas y ya no quedaban más.

Entonces la que se quedó congelada fui yo. Estaba tan sorprendida por lo que acababa de oír que pensaba que iba a desmayarme.

Mis abuelos no se movían.

—¿Dónde la has visto? —preguntó mi abuela.

Al ver que no reaccionaba se acercaron a mí, me ayudaron a sentarme porque estaba claramente en *shock* y se sentaron cada uno a un lado. Mi abuela hizo algo que yo no había tenido el ánimo de hacer en todo aquel tiempo: me limpió las gafas y me las volvió a colocar.

—Estaba... sobre mi cama —dije yo.

Y mi abuela me abrazó.

—Pobrecilla, menudo susto —me dijo.

—*Cabritilla* —me dijo mi abuelo—, no te preocupes por nada. No queríamos que las vieras; ya ves, nos ha salido fatal. Nos fuimos de casa hace un par de semanas y debieron de colarse por el desván. Te prometo que al principio no quise hacerles daño y simplemente las echaba de casa, pero siempre volvían...

—Querían estar calentitas —dije yo, intentando comprender lo malo que es no tener una casa en la que cobijarte.

Mi abuelo asintió.

—Tuve que echarles veneno, pobres. Y cayeron. Pensábamos que no quedaba ninguna.

No podía creer lo que oía.

No reconocía a mis abuelos.

¿A cuántas niñas habrían envenenado? Era lógico que las niñas envenenadas volvieran como fantasmas para vengarse. Yo hubiera hecho lo mismo.

—Pero ¿qué habéis hecho? ¿Cómo habéis podido...? ¡La pobre era pequeña, como yo! Parecía tan contenta moviendo sus piececitos... ¡Envenenadas! ¿Cuántas? ¿Cuántas?

Mi abuela se puso seria.

—Por eso queríamos deshacernos de ellas antes de que llegaras... Tú habrías dejado que se nos infestara la casa de ratas.

¿Ratas?

¿Quién hablaba de *ratas*?

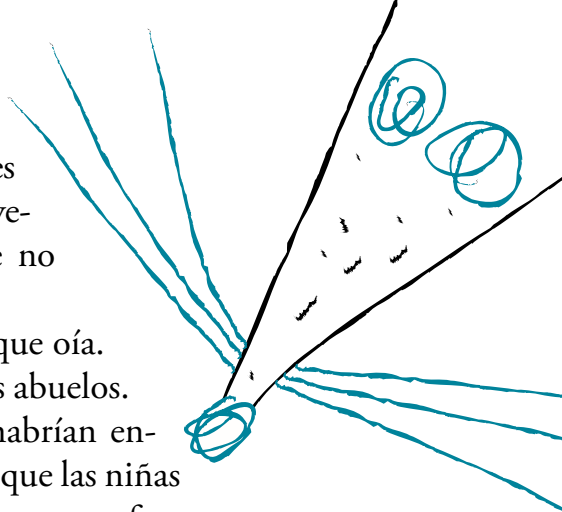
¿Hablaban ellos de *ratas*?

¡Yo no hablaba de *ratas*!

Hice un repaso mental de la conversación, allí, sentada entre mis abuelos. Debí poner mi cara de pensar porque mis abuelos se levantaron de mi lado y siguieron a su aire, preparando la mesa para la cena.

Cuando me da por pensar, a veces tardo un rato.

—¡Hablabais de ratas, claro! ¡Crías de ratas! —exclamé al final, sonriendo con toda mi naturalidad forzada.



—Si te parece, Cabritilla... —dijo mi abuelo—. No querrás que hablemos de fantasmas...

Y yo me puse seria y noté cómo me subía de nuevo el calor a las mejillas y se me empañaban las gafas otra vez.

Menudo comienzo de
vacaciones.

Segundo encuentro con el fantasma

Todos los años, cada vez que venía a casa de los abuelos, la primera comida o la primera cena, lo que tocara, era especial.

Todos mis platos favoritos estaban sobre la mesa, pero solo yo sé lo que me costó acabármelos aquella noche. La comida no me pasaba por la garganta y tardé el doble de lo normal, por lo menos, en comerme la tortilla de cebolla, las patatas rellenas de atún y el pisto de verduras, todo bien mojadito con pan.

En otras circunstancias, llena de inocencia e ingenuidad, sin acabar de haber visto un fantasma leyendo en mi cama, hubiera devorado la cena de un bocado, pero aquella noche en la que no solo me había atacado aquella niña, sino que además había averiguado que se habían envenenado animalillos allí, era bien diferente.

Mientras cenaba, no solo me reafirmé en que sería médica y veterinaria para abarcarlo todo, sino que además investigaría lo que hiciera falta para encontrar un antídoto contra los venenos de ratas y evitaría así mucho sufrimiento en el mundo.